



“Antonio Valeriano de Azcapotzalco: Un filólogo nahua del siglo XVI”

p. 163-182

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo IV. Biografías

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

IX. ANTONIO VALERIANO DE AZCAPOTZALCO:
UN FILÓLOGO NAHUA DEL SIGLO XVI*

Sabemos por varios testimonios que en el México prehispánico hubo escuelas en las que se transmitía y enriquecía lo más elevado de la antigua cultura. Esas escuelas, a las que acudían los jóvenes de noble linaje y otros particularmente dotados, se conocían con el nombre de *calmécac*. Entre otras cosas allí se enseñaba el saber acerca de las cosas divinas, los *teocuícatl*, himnos sagrados, toda suerte de *cuícatl*, cantos y poemas, la sabiduría y la moral de que eran portadores los *huehuehtlahtolli*, los testimonios de la antigua palabra, el contenido de los *xiuhámatl*, libros de los años, el *tonalpohualli*, cuenta de los días, así como el *tecpillahtolli*, lenguaje noble y cuidado. Para todo ello los maestros se valían de sus libros con pinturas y caracteres, es decir de sus códices. Algunos de estos se elaboraban precisamente en los *calmécac*.¹

Fray Bernardino de Sahagún, fray Diego Durán, el oidor Alonso de Zorita y otros se hicieron lenguas de lo bien organizadas que estaban esas escuelas y de la admirable educación que se impartía en ellas.² Ahora bien, cuando como consecuencia de la conquista española todo se vino por tierra, mucho preocupó, en especial a los frailes misioneros, el tema de la educación de los indígenas. Por una parte mucho importaba adiestrarlos para el aprendizaje de la doctrina cristiana y el conocimiento de las principales instituciones españolas. Por otra, se requerían colaboradores debidamente capacitados tanto para lo relacionado con el culto religioso como para contar con escribanos y otros funcionarios en la administración pública.

* *Filología Mexicana*, coordinación de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, p. 383-405.

¹ Los ancianos y principales que proporcionaron en su lengua información a Sahagún sobre muy diversos temas, le describieron cuál era la forma de vida en los *calmécac* y cuáles eran las materias que allí se cultivaban. Véase: Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, edición preparada por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, 3 v., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, t. I, p. 336-340.

² Sahagún, *op. cit.*, t. II, 921-924; Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, edición de Ángel Ma. Garibay K., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1967, t. I, p. 191-192; Alonso de Zorita, *Relación de la Nueva España*, edición de Ethelia Ruiz Medrano *et al.*, 2 v., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, t. I, p. 371-390.

Esto movió a algunos frailes, así como a las autoridades reales, a establecer nuevas escuelas que vinieron a sustituir a los *calmécac*. Una probanza de 1531, promovida por fray Juan de Zumárraga, nos revela que ya para ese año se habían establecido escuelas —a partir de las fundadas por fray Pedro de Gante— en las que varios centenares de jóvenes nahuas aprendían gramática latina, el arte de la escritura y el canto.³

Poco después, siendo presidente de la segunda Audiencia don Sebastián Ramírez de Fuenleal, se creó una institución que cabe calificar de enseñanza superior: fue ella el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Se le adjudicó el título de imperial porque quedó bajo la protección del emperador Carlos V y se llamó de Santa Cruz porque éste era el nombre del colegio en que Ramírez de Fuenleal había estudiado en la Universidad de Valladolid.

En la nueva institución llegaron a formarse numerosos jóvenes nahuas y asimismo se alcanzaron frutos de muy subido valor en el campo de la cultura. Entre otras cosas, en el Colegio se enseñaba gramática y lengua latina, historia universal, medicina indígena —impartida ésta por *titicih*, médicos nahuas—, canto llano, así como temas bíblicos y principios de filosofía y teología. Paralelamente se elaboraban en el Colegio algunos códices, como el llamado de *Tlatelolco* y el *Badiano* sobre plantas medicinales. También se recopilaban allí antiguos testimonios en náhuatl y se preparaban traducciones del latín y el castellano al náhuatl y viceversa.⁴

Fue en este Colegio donde se formó un grupo muy selecto de estudiantes que más tarde destacaron como auténticos humanistas y sabios. En algunos de ellos florecieron, como ocurría en el mismo Colegio en afortunado encuentro, elementos de la antigua cultura y también del renacimiento español. La antigua cultura se tornaba allí presente gracias a algunos maestros indígenas que fueron recibidos en el Colegio y gracias también a los padres de los escolares que, en varios casos, habían sido estudiantes en los antiguos *calmécac*. La cultura renacentista española la aportaban frailes maestros como Bernardino de Sahagún y Juan de Gaona, que se habían formado en universidades europeas, en estos casos en las de Salamanca y París, respectivamente.

³ Probanza promovida por fray Juan de Zumárraga, 17 de julio de 1531, Archivo General de Indias, Sevilla, Justicia, legajo 1006.

⁴ Véase: Ascensión y Miguel León-Portilla, "El Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco", en *Tlatelolco*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, p. 37-64.

De entre los jóvenes nahuas que allí estudiaron sobresale un distinguido grupo del que fray Juan Baptista hizo puntual elogio en el prólogo a uno de sus libros.⁵ Me limitaré aquí a recordar los nombres de algunos de esos que llamaré genuinos humanistas nahuas. Uno fue Hernando de Ribas, de Tetzco, “muy buen latino y que con mucha facilidad traducía cualquier cosa de latín y romance en la lengua mexicana” Además de esto se inició como espontáneo lingüista ya que, “con su ayuda, compuso el padre fray Alonso de Molina el *Arte y Vocabulario mexicano*” Otros latinistas fueron Juan Bernardo de Huexotzinco; Diego Adriano, de Tlatelolco; Esteban Bravo, de Tetzco y Pablo Nazareo, de Xaltocan. A su vez, Agustín de la Fuente, de Tlatelolco, se distinguió como escribano e impresor. A éstos deben sumarse los cuatro colaboradores más cercanos de Bernardino de Sahagún en sus pesquisas: Martín Jacobita y Andrés Leonardo, del mismo Tlatelolco; Alonso Vegerano, de Cuauhtitlán y Antonio Valeriano, de cuya vida y obra me ocuparé aquí, oriundo de Azcapotzalco. El elenco de los antiguos estudiantes del Colegio que luego se distinguieron a lo largo de sus vidas es, ciertamente, muy amplio. Uno sólo más mencionaré: Fernando Alvarado Tezozómoc, de noble linaje mexicana, autor de dos crónicas, una en náhuatl y otra en castellano, ambas de muy considerable valor.

Es mi propósito concentrar aquí la atención en la persona y la obra de Antonio Valeriano, al que me he atrevido a calificar de filólogo. Lo he hecho porque en él concurrieron atributos y logros que, a mi parecer, lo justifican. Además de desempeñarse como colaborador muy cercano de fray Bernardino de Sahagún y como gobernador primeramente de Azcapotzalco y luego de las parcialidades indígenas de la ciudad de México, fue él conocedor profundo de la gramática y la lengua latinas, maestro de la suya propia, el náhuatl, estudioso y traductor de antiguos textos nahuas y latinos. Era también atildado escritor en ambas lenguas, de lo cual dejó elocuentes testimonios y, en una palabra, como lo notaron, entre otros, el rector de la Real y Pontificia Universidad, doctor Francisco Cervantes de Salazar, y los frailes Juan Baptista y Juan de Torquemada, hombre doctísimo, al que tuvieron por maestro. Les resolvió él muchas dudas tocantes a la lengua náhuatl y les dejó asimismo textos de la latinidad clásica, vertidos a la *lingua franca* del

⁵ Fray Juan Baptista, “Prólogo” a *Sermonario en lengua mexicana*, México, en Casa de Diego López Dávalos, 1606. Citado por Joaquín García Icazbalceta, en *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 474-476.

México indígena. De Antonio Valeriano de Azcapotzalco y sus aportaciones me ocuparé a continuación con algún detenimiento.

Antonio Valeriano (c. 1522-1605)

No se conoce a punto fijo la fecha de su nacimiento. Es muy probable que ocurriera en la década de los años veinte del siglo XVI ya que, fallecido en 1605, consta que murió de considerable ancianidad. El cronista Fernando Alvarado Tezozómoc, que emparentó con él en calidad de cuñado, proporciona algunas noticias acerca de la familia de Valeriano. Hablando en su *Crónica Mexicáyotl* del linaje de su propio padre, don Diego Huanitzin, descendiente por línea directa del *tlahtoani*, gobernante supremo Axayácatl, refiere que la séptima hija de su padre, llamada doña Isabel fue con quien

[...] se desposó el señor don Antonio Valeriano que no era noble (*ahmo pilli*) sino sólo un gran sabio (*zan huey momachtiani*), colegial, que conocía la lengua latina, y era oriundo de Azcapotzalco. De él nació don Diego Valeriano, el que tomó como esposa a una mujer noble de Azcapotzalco, de quienes nacieron don Antonio Valeriano el joven, y doña Isabel, la joven. La madre de ésta se llamaba doña María y era hija de don Alonso Tezozómoc, gobernante de Azcapotzalco.⁶

Reiterando en parte esta información, el mismo Alvarado Tezozómoc, al hablar de los que fueron gobernantes supremos en Tenochtitlan después de la Conquista, expresa.

Luego, en seguida, en ese año que se dijo [1570], vino don Antonio Valeriano como juez gobernador de Tenochtitlan, oriundo de Azcapotzalco el que, como ya se dijo, no era noble sino tan sólo un sabio que sabía la lengua latina (*ahmo pilli, zan momachtiani, tlamatini intechpa latín tlahtolli*). Era él yerno del señor don Diego Huanitzin.⁷

⁶ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, edición y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, p. 171.

⁷ *Ibid.*, p. 176.

Conocida así en parte la familia de Valeriano, incluso con la mención de su hijo don Diego y de sus nietos, cuyos nombres repitieron el suyo propio y el de su mujer, interesa seguir hasta donde es posible su *curriculum vitae*, es decir el curso de su vida. Consta, por el testimonio de Sahagún que, aunque no era noble, fue admitido en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco entre los primeros que concurrieron a él. Inaugurado formalmente en 1536, pero abierto desde unos tres años antes, cabe suponer que, al ingresar, tendría Antonio entre doce y trece años de edad. En el Colegio, como todos los otros muchachos, debió estudiar lo que se conocía como *trivium*, a saber: gramática, retórica y lógica, y *cuatrivium*, que comprendía aritmética, geometría, rudimentos de astronomía y música. Tan aprovechado y cumplido fue Valeriano en el Colegio y más tarde en los trabajos que se le encomendaban que Sahagún, su maestro, dijo acerca de él, que “era el principal y más sabio” Concluidos sus estudios en el Colegio, fue escogido muy pronto como maestro en el mismo. De ello da noticia, entre otros, fray Juan de Torquemada, al que Valeriano enseñó la lengua náhuatl. Estas son las palabras de Torquemada. “habiendo salido [Valeriano] buen latino, lógico y filósofo, sucedió a sus maestros, arriba nombrados, en leer [enseñar] la gramática en el Colegio algunos años”⁸

La fama de Antonio muy pronto llegó a ser tan grande que en uno de los célebres diálogos latinos que escribió el maestro y rector de la Real y Pontificia Universidad de México, el doctor Francisco Cervantes de Salazar, publicados por Juan Pablos en 1554, declaró, al hablar del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, lo siguiente:

Por el norte, en lo que cierra ese sector, existe un convento de franciscanos y en él un colegio para indios, los que aprenden allí latín y asimismo a escribir⁹

Y refiriéndose directamente a Valeriano, expresó también en latín.

⁸ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, edición preparada por Miguel León-Portilla, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, t. V, p. 176.

⁹ *Francisci Cervantis Salazari, Toletani, ad Ludovici Vivis, Valentini, ejercitationem, aliquot dialogi*, Mexici, 1554, f. 276r.

*Magistrum habent eiusden nationis, Antonium Valerianum, nostris magistris nequaquam inferiorem, in legis cristianae observatione satis doctum et ad eloquentiam avidissimum.*¹⁰

Tienen [allí] un maestro de su misma nación, Antonio Valeriano, que en modo alguno es inferior a nuestros maestros, muy sabio en el cumplimiento de la ley cristiana y muy entregado a cuanto concierne a la elocuencia.

Tal elogio, proveniente de un humanista de renombre como Cervantes de Salazar, referido a Antonio, que sólo tendría en 1554 treinta y pico de años, es prueba de que la fama que alcanzó de sabio la mereció siendo aún muy joven. Sahagún, que asimismo lo consideró “el más sabio”¹¹ de sus estudiantes, se hizo acompañar de él como colaborador muy cercano en las investigaciones que en 1558 emprendió tocantes a la cultura de las gentes nahuas. Así, al lado del franciscano y de otros tres, también antiguos estudiantes de Tlatelolco, cuyos nombres ya he recordado, participó activamente en la compilación de testimonios aportados por ancianos indígenas acerca de “las cosas naturales, humanas y divinas” de los antiguos nahuas.

No es este el lugar para describir cómo se desarrolló en el pueblo de Tepepulco —en el actual estado de Hidalgo— la investigación dirigida por fray Bernardino.¹² Baste con notar que el trabajo realizado debió enriquecer culturalmente a Valeriano. En el Colegio de Tlatelolco se había compenetrado con muchos aspectos del legado humanístico español. Allí había aprendido con notable aprovechamiento la lengua latina y se había acercado a algunos de sus autores clásicos. Ahora, en Tepepulco, el mundo cultural de sus propios antepasados se le mostraba en el conjunto de testimonios que a través de las pinturas de sus libros y la tradición oral, los ancianos nahuas iban comunicando a Sahagún y sus colaboradores. Valeriano, estudioso y amante de la palabra, filólogo, ahondaba en un doble universo, el que bien podía tener como propio y el de la cultura aportada por los frailes, enraizada en Grecia, Roma e Israel. Era él uno de los que Sahagún llamó “sus trilingües”, pues dominaba el náhuatl, el castellano y el latín.

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 131.

¹² Véase: Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio Nacional, 1999.

Precisamente por los conocimientos que poseía y su reconocida capacidad de orador, Valeriano fue elegido como maestro de gramática en el Colegio al tiempo en que era rector del mismo otro indígena, Pablo Nazareo de Xaltocan. De la estancia de Valeriano en el Colegio se conservan varios testimonios que nos lo muestran participando en varias consultas y tomas de decisiones, tanto en materias académicas como administrativas y de índole económica. En todo ello se reconocía siempre su fama de hombre prudente y cuidadoso.¹³

Valeriano servidor público y estudioso de por vida

Ya vimos que el cronista Alvarado Tezozómoc consignó que en 1570 Valeriano fue elegido como *huey tlahtoani*, gobernador y juez para los habitantes indígenas de Tenochtitlan. En ese cargo habría de continuar hasta su muerte en 1605, aunque con el auxilio de otros durante los últimos años de su vida. Antes, sin embargo, de haber sido gobernador de Tenochtitlan, Antonio lo fue de Azcapotzalco, donde había nacido.

Ejerciendo ese cargo, actuó junto con otros prominentes personajes de Azcapotzalco en la solución de los problemas que aquejaban a ese lugar. En realidad, desde algún tiempo antes colaboraba ya con quienes gobernaban allí. De esto es prueba una larga carta en latín que el entonces gobernador don Hernando de Molina y otros trece señores, entre ellos Valeriano, dirigieron a Felipe II el 10 de febrero de 1561. Uno de los firmantes es también bien conocido. Se trata de don Francisco Plácido, que fue autor de un canto incluido en el manuscrito de *Cantares Mexicanos*, conservado en la Biblioteca Nacional de México. Dicho canto aparece precedido de una anotación en que se hace saber que fue entonado en Azcapotzalco en 1565, cuando “era entonces allí gobernador don Antonio Valeriano”¹⁴

¹³ Se conserva en colección particular un volumen que perteneció a Alfredo Chavero, intitulado *Imperial Colegio de Santa Cruz, fundado en el Convento de Santiago Tlatelolco de religiosos franciscanos*. En él se incluyen numerosos documentos de siglo XVI, principalmente sobre asuntos de índole administrativa y económica del Colegio. En varios de ellos aparece la firma de Antonio Valeriano. Asimismo en el *Códice de Tlatelolco* aparece Valeriano el 30 de diciembre de 1551 como testigo de la donación que hizo al Colegio don Antonio de Mendoza de una cédula de merced de tres sitios de estancia de ganados mayores. Allí se dice de Valeriano que era “lector del colegio de los indios e colegial del dicho colegio” Véase: *Códice Mendieta. Documentos franciscanos, siglos XVI y XVIII*, edición de Joaquín García Icazbalceta, 2 v., México, 1892, t. II, p. 243.

¹⁴ *Cantares Mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 41r-41v

La ocasión en que se estrenó dicho canto —en la fiesta de San Felipe, escogido por los franciscanos como patrono de Azcapotzalco— guarda relación con la carta que en 1561 se dirigió a Felipe II. Éste, respondiendo a dicha misiva, había concedido el escudo que los firmantes pedían para su ciudad. El análisis de la redacción y estilo de la carta al rey lleva a inclinarnos a pensar, como ya lo hizo el primer traductor de ella al castellano, que fue escrita por Valeriano.¹⁵

Hay en ella amplia evidencia de que quien la redactó conocía no sólo la lengua sino también la historia de Roma. Una muestra de ello la tenemos en la anécdota que cita en que aparece el emperador Adriano dando oídos a una mujer del pueblo que deseaba hablar con él.

La serie de peticiones que, en nombre de los de Azcapotzalco, se formulan en la carta son éstas: se solicita la restitución de las tierras de que se han apoderado algunos españoles y también varios indios, asimismo se les devuelvan sementeras situadas dentro de los linderos del pueblo, según lo hacen constar por unas pinturas que remiten junto con la carta, se les exima de prestar una serie de trabajos que les han impedido dar fin a la iglesia y convento de los franciscanos, ponderando luego la antigua grandeza de Azcapotzalco, del que se dice había sido fundado hacia 1525 años, demandan se respete su derecho a cortar la madera que necesitan en los bosques cercanos, hacen luego una especie de resumen de la historia de Azcapotzalco que dicen gobernó un amplio territorio, que incluyó el de los mexicas, para dar fundamento a la petición de que se le conceda el nombramiento de ciudad, relacionado con lo anterior suplican se les confirme con autoridad real la validez del escudo que dicen tienen desde hace muchos años, muestran su deseo de que se erija en Azcapotzalco la que llaman *musarum domus*, “casa de las musas”, donde se enseñen “la gramática y la lengua española, las cuales sin dificultad pueden ser enseñadas por algunos de los maestros que conocen la lengua latina tan bien como los españoles” y, finalmente, externan su interés de que se tengan, como en tiempos antiguos, al menos dos días de tianguis o mercado.

Bien merece transcribirse el muy pulido texto original en latín de la petición concerniente al establecimiento de la que allí se llama “casa de las musas”

¹⁵ “Carta en latín de Antonio Valeriano y los gobernadores, alcaldes y regidores de Azcapotzalco del 4 de febrero de 1561”, Archivo General de Indias, Audiencia de México, 1842. La atribución a Valeriano de ser el probable autor de esta carta se debe a Rafael Tena, su traductor, en Emma Pérez Rocha y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la Conquista*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, p. 213.

Haud nobis est obscurum illud oraculum. Sapientia cor stabilit, ventis pondus ponit, ex quo clarissimum omnibus redditur litterarum cognitione christianorum corda in fide maxime corroborari, atque hos qui aliquando gentilitatis ventis agitati fuere, pondus in sua christianitate habere.

Porro cum nobis recens sit plantata vitae arbor verae vitalis, ipsa videlicet fides catholica quae ut altius radices mitat, nostro oppido convenientissimum judicamus nos etiam musarum domo donari debere, quam tu in nostro oppido fundare valeamus, copiam a tua caesarea Maiestate expetimus, ubi, etsi scientiarum omnium genera edoceri non debeant, at certe grammatica cum lingua hispana, quae commodius praelegi possunt a quibusdam nostris qui sermonem latinum perinde ac hispanis saepe sunt professi.

Lo que en un latín tan correcto como elegante así se expresó, ciertamente se debió a Antonio Valeriano, del que tanto ponderaron su dominio de dicha lengua, mientras que de ninguno de los otros que firmaron la carta en cuestión nunca se mencionó que pudiera escribir en ella. A continuación ofrezco la traducción que he preparado del párrafo citado.

Claro nos resulta aquel oráculo: “La sabiduría da firmeza al corazón y le pone un peso en contra de los vientos”, de lo que se vuelve a todos muy claro que, con el conocimiento de las letras, los corazones de los cristianos grandemente se fortalecen y que aquellos que en otro tiempo estuvieran agitados por los vientos de la gentilidad, llegan a tener peso en su cristiandad.

Por tanto, puesto que entre nosotros recientemente ha sido plantado el árbol de la vida, de la verdadera vitalidad, a saber, la misma fe católica, para que eche raíces más profundas, juzgamos que también se nos debe conceder una casa de las musas, la cual, para que podamos establecerla en nuestro pueblo, pedimos auxilio a tu Cesárea Majestad, donde, aunque no se deba enseñar todo género de ciencias, ciertamente sí la gramática y la lengua española, las que fácilmente pueden ser enseñadas por algunos de los nuestros que conocen la lengua latina tan bien como algunos españoles.¹⁶

Valeriano, que se había formado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, era consciente de la importancia de conocer a fondo la gramática y las lenguas latina y castellana. Quienes poseyeran esto po-

¹⁶ “Carta en latín de Valeriano...”, *loc. cit.*

drían abrirse camino en el medio novohispano del siglo XVI, agitado por tantas expoliaciones y otras muchas injusticias. Sabemos que la carta que suscribieron con él los otros varios azcapotzalcas, tuvo una respuesta al menos en parte favorable. Recordaré que, según vimos, en 1564 Felipe II ratificó la validez del escudo de Azcapotzalco. Y consta además que el mismo rey —según lo refiere fray Juan de Torquemada—, enterado probablemente de que Antonio había sido el autor de esa epístola, “por ser [Valeriano] hombre de muy buen talento, le escribió una carta muy favorable, haciéndole en ella mucha merced”¹⁷

Sus cargos públicos no impidieron a Valeriano seguir dedicando tiempo a sus trabajos tocantes a las lenguas náhuatl y latina, así como a otros de índole histórica y religiosa. Según parece, se ocupó, algunos años antes del envío de la carta que he citado, en la elaboración de un texto que llegó a tener muy grande significación. De esto he tratado ampliamente en *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”*¹⁸ Muestro allí que hay suficientes testimonios y razones para atribuir a Valeriano la autoría de dicho texto acerca de la Virgen de Guadalupe, conocido por las dos palabras que le dan comienzo, *Nican mopohua*, “Aquí se relata” Coincido, al hacer tal atribución, con lo manifestado por Edmundo O’Gorman, quien en su *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, afirmó que “tenemos por conjetura la más plausible y segura que Valeriano compuso el *Nican mopohua* en 1556”¹⁹

No siendo éste el lugar para reiterar los argumentos que me han llevado a coincidir con O’Gorman, si no necesariamente en cuanto a la fecha de composición de ese relato, sí en lo que concierne a su autoría, atenderé, en cambio, a lo que debió suponer el trabajo mismo de su redacción. Esta implicó, como vamos a verlo, una tarea que cabe calificar de filológica.

¹⁷ Torquemada, *op. cit.*, t. V, p. 176.

¹⁸ Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”*, México, El Colegio Nacional y Fondo de Cultura Económica, 2001

¹⁹ Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, p. 50.

La redacción del Nican mopohua

Primeramente Valeriano hubo de recoger información acerca de lo que iba a consignar en el relato que se proponía escribir. Cabe mencionar aquí que, a mediados del siglo XVI, el culto a la que se conocía como Nuestra Señora de Guadalupe en su ermita del Tepeyac, gozaba ya de gran popularidad. Sabemos ésto por los testimonios de buen número de personas, varias de considerable reputación, que fueron llamadas a declarar en el proceso de información que el segundo arzobispo de México, Alonso de Montúfar, mandó practicar precisamente el 9 de septiembre de 1556. El motivo que tuvo para esto el Arzobispo lo había dado un sermón predicado el día anterior por fray Francisco de Bustamante, provincial de los franciscanos de México. En dicho sermón se había manifestado éste en contra del Arzobispo por favorecer el culto de una pintura de la Virgen María colocada en esa ermita del Tepeyac, la cual, al decir de fray Francisco, era adorada allí como si fuera Dios.

Los testigos coincidieron en que así se había expresado el padre Bustamante, y algunos añadieron que debido a ésto se provocó grande escándalo en la ciudad. También la mayoría manifestó que eran muchos, españoles e indios, los que concurrían a la ermita y que, desde que allí se veneraba a la Virgen María, habían desaparecido algunos pasatiempos y costumbres licenciosas. Así lo declaró, por ejemplo, el licenciado Francisco de Salazar, abogado de la Real Audiencia:

Que lo que sabe es que el fundamento que esta ermita tiene desde su principio fue el título de la Madre de Dios, el cual ha provocado a toda la ciudad a que tengan devoción en ir a rezar y encomendarse a ella, y de fuera de esta ciudad. Estando este testigo en la dicha ermita, así españoles como naturales ha visto entrar en ella con gran devoción, y a muchas de rodillas desde la puerta al altar donde está la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe [...]. Y querer quitar tal devoción sería contra toda cristiandad.²⁰

A su vez Juan de Messeguer, que dijo ser “natural de Barcelona”, tras recordar que “siete leguas de mi tierra está Nuestra Señora de Monserrat, donde va mucha gente”, afirmó respecto de la de Guadalupe:

²⁰ “Información por el sermón de 1556”, en *Testimonios históricos guadalupanos*, edición de Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 58.

Que todo el pueblo a una tiene gran devoción en la dicha imagen de Nuestra Señora y la van a visitar a Nuestra Señora de todo género de gente, nobles ciudadanos e indios [...], que el día de Nuestra Señora de la Natividad próximo pasado predicó en San Francisco, en la capilla de San José, fray Francisco de Bustamante, provincial de la Orden de San Francisco, algunas cosas contra la devoción de dicha imagen de Nuestra Señora. Hubo grande escándalo en el auditorio y lo ha habido en la ciudad [...]. Y que este testigo dice que el dicho Bustamante ha perdido mucho el crédito que tenía en esta ciudad y que, por lo que el dicho Bustamante dijo contra la dicha imagen, no ha cesado la devoción, antes ha crecido más y, cada vez que va allá este testigo, ve más gentes de las que solía.²¹

Bueno será recordar también lo que declaró otro funcionario de la Audiencia, el procurador Juan de Salazar. Entre otras cosas dijo que,

Después acá que se divulgó la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe, han cesado mucha parte de lo que tiene dicho [los excesos] y ya no se platica de otra cosa en la tierra, si no es ¿dónde queréis que vamos? Vámonos a Nuestra Señora de Guadalupe [...] y que a lo que tiene entendido este testigo es que ha sido muy gran bien y mucho provecho para las ánimas haberse principiado la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe.²²

Recibía ya, por tanto, en esa fecha de 1556, amplio culto la pintura colocada en la ermita del Tepeyac, la de Guadalupe *Teotl inantzin*, Madre de Dios. Ese culto se le rendía allí donde no mucho antes se había adorado a *Tonantzin*, Nuestra Madre que, con *Totahtzin*, Nuestro padre, integraba el ser del supremo Dios dual, *Ometeotl*. Añadiré que varios anales en náhuatl, coincidiendo con lo dicho por esos declarantes de 1556, se refieren también al culto que, por esos años, se rendía a la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac.²³

Por otra parte, Antonio Valeriano y los otros trece señores principales de Azcapotzalco, entre ellos el bien conocido poeta Francisco Plácido, a quien se atribuye un cantar compuesto en 1553 y haber participa-

²¹ *Ibid.*, p. 71.

²² *Ibid.*, p. 53.

²³ "Fuentes de información guadalupana escritas en el contexto indígena", en *Documentos guadalupanos*, edición de Xavier Noguez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 46-60.

do en otro dos años antes, hicieron expresa referencia a la veneración de la Virgen de Guadalupe en la carta que he citado, escrita en 1561

Al solicitar —como ya vimos— que se les exima de servicios personales para poder concluir la edificación en Azcapotzalco de la iglesia y convento de los franciscanos, mencionan los lugares a donde hasta entonces tenían que proporcionar su mano de obra.

[...] treinta [hombres] para la edificación de la iglesia de Santo Domingo, veinte para trabajar en los campos de los españoles, diez para la catedral arzobispal dedicada a la Virgen Santísima y cinco más para hacer el templo a la Virgen que vulgarmente se dice Guadalupe.²⁴

La expresión latina de esto último es “quinque etiam ad templum quod vulgo Guadalupe dicitur” Al expresar que vulgarmente así se conocía el templo, dejan entender los que suscriben la carta que tal cosa era ya bien sabida de muchos. Los mencionados trabajos exigidos a los de Azcapotzalco son descritos en la carta como “servitia publica quae Mexici impenduntur” (servicios públicos impuestos en México), o sea como obligaciones ordenadas por las autoridades de la metrópoli. Deja ello entender que el culto a Tonantzin Guadalupe, del que dio poco antes prueba la información promovida por el arzobispo Montúfar en 1556, recibía apoyo de quienes gobernaban en la ciudad de México. Estos demandaban la participación de los de Azcapotzalco y muy probablemente también de quienes vivían en otros pueblos vecinos, para edificar iglesias tan importantes como la de Santo Domingo, la catedral del arzobispado y asimismo “el templo a la Virgen que vulgarmente se dice Guadalupe”

Conviene aclarar aquí que, si Valeriano y los otros principales exponen esto, no es porque se opongan a tales edificaciones, sino porque se exigía a su pueblo tal trabajo,

[...] en tal grado que nuestra propia iglesia que hace muchos años empezamos no la podemos acabar, ni empezar el monasterio que necesitan los frailes que nos atienden.²⁵

A la luz de ésto, y atendiendo a Edmundo O’Gorman que, como fruto de sus pesquisas, sostiene que Antonio Valeriano escribió el *Nican*

²⁴ “Carta de Antonio Valeriano...”, *op. cit.*

²⁵ *Ibid.*

mopohua precisamente el año de 1556, se nos viene a la mente una hipótesis. Conociendo la fama de que gozaba Valeriano como hombre sabio y maestro en el dominio de su lengua y antigua cultura, ¿pudo ser que, en el contexto de esa notoria atracción que ejercía la ermita de Guadalupe en el Tepeyac, donde como él bien lo sabía, se había adorado a Tonantzin, la diosa Nuestra madre, se sintiera atraído a escribir un relato que hablara sobre el origen de la pintura y la consiguiente devoción?

Valeriano había estado presente en algunos *neixcuitilli*, representaciones teatrales compuestas por los frailes, en las que se hacía ver a los indios cómo Dios, la Virgen su madre, y los santos favorecían de muchos modos a quienes acudían a ellos. Lo que estaba ocurriendo en el Tepeyac parecía probar que la Madre de Dios había escogido ese lugar para manifestar allí su amor y protección a cuantos a ella acudieran. Si por eso tantos iban al Tepeyac, no era una proposición pensar que se estaba cumpliendo el deseo, la voluntad de *Tonantzin*, Nuestra Madre de Guadalupe, de tener allí su santuario.

Valeriano, educado en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, debió conocer también algunos relatos acerca de apariciones de la Virgen María en distintos lugares, principalmente de España. En esos relatos es muy frecuente encontrar que la Virgen, deseosa de que se le edifique un santuario, encarga a un pastor o un jornalero, en fin a una persona del pueblo, sea su mensajero ante quien habrá de cumplir su voluntad. Recuérdense aquí los casos más cercanos a nuestro tiempo de Lourdes y Fátima, en que son unas jóvenes muy sencillas las que actúan como intermediarias.

Valeriano compondría entonces su relato, a la vez de gran fuerza teatral, en torno a un indio *macehual*, hombre del pueblo, cuyo nombre hubo de dar. De no haber existido éste, su relato corría el peligro de ser tenido desde un principio como mera fantasía. Cabe, por tanto, pensar que el nombre de Juan Diego estuvo vinculado desde antes con la señora venerada en el Tepeyac.

Ahora bien, para dar forma al *Nican mopohua* Valeriano se inspiró en una composición poética que le era conocida. Se encuentra ella incluida como *Cuicapeuhcayotl*, "principio de los cantos", en la ya citada colección de *Cantares Mexicanos* conservada en la Biblioteca Nacional de México. Es también muy probable que Valeriano, además de conocer esas producciones, haya participado en su compilación. Una anotación escrita en castellano en el manuscrito de *Cantares* pone de manifiesto que fue un indio nahua quien los recogió precisamente para dárselos a un fraile que preparaba una obra en la que podría servirse

de ellos.²⁶ Sabemos que Bernardino de Sahagún desde su estancia en Tepepulco, cuando Valeriano colaboró con él, estaba preparando su *Psalmodia christiana* en la que, efectivamente, se valió de muchas de las formas de decir, metáforas y otros elementos estilísticos de los dichos cantares.

La mencionada composición, *Cuicapeuhcayotl*, sirvió de marco a Valeriano al componer el *Nican mopohua*. Al acudir al antiguo cantar, como espontáneo filólogo, hubo de analizarlo cuidadosamente. La comparación del mismo con la estructura que dio al *Nican mopohua* muestra cómo pudo realizar su trabajo.

En el *Nican mopohua* se presenta a un hombre nahua, Juan Diego que, dirigiéndose a Tlatelolco, pasa por las faldas del cerro del Tepeyac, allí donde se había adorado a Tonantzin, “Nuestra Madre”. Escuchó entonces cantos de aves preciosas a las que los montes parecían responder. Sorprendido, pensó que tal vez se hallaba en *Xochitlalpan*, *Tonacatlalpan*, la Tierra florida, la de Nuestro sustento, de la que hablaban los ancianos.

En el *Cuicapeuhcayotl* aparece un caminante y cantor que se adentra por un lugar donde asimismo escucha cantos de aves preciosas, las mismas que se relata oyó Juan Diego y también percibió que, como un eco, los montes les respondían. En ese momento expresó que creía haber llegado a *Xochitlalpan*, *Tonacatlalpan*.

La aparición de un colibrí precioso que pregunta al sorprendido caminante qué es lo que busca, arroja luz sobre el sentido del canto. La respuesta es que quiere saber a dónde tendrá que ir para encontrar las bellas flores. El lugar es la morada de *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto, *Ipalnemohuani*, el Dador de la vida, *Tlalticpacque*, Dueño de cuanto hay en la tierra. Estos mismos nombres son los que la noble señora que se aparece a Juan Diego pronuncia para manifestarle quién es ella, *inantzin*, reverenciada madre de Dios.

En el cantar de la antigua tradición indígena el colibrí precioso, que se aparece a quien busca las flores, es un ser divino. Recordemos que el dios protector de los mexicas se representa en muchos códices como un colibrí. Él, con las otras aves cuyos nombres coinciden con aquellas de que habla el *Nican mopohua*, muestra dónde se encuentran en abundancia las flores. Cuadro muy semejante al que Antonio Valeriano pintó más tarde en su relato es el que con vivos colores describe ese canto:

²⁶ *Cantares Mexicanos*, f. 1r.

A la tierra florida, a la tierra de nuestro sustento
me introdujeron,
allí donde el rocío resplandece con rayos de sol
[idéntica expresión empleó el autor del *Nican mopohua*].

Allí vi las variadas, preciosas,
fragantes flores,
las amadas flores cubiertas de rocío,
con los resplandores del arco iris.
Allí me dicen:
corta, corta flores,
las que prefieras [...].
Yo las pongo en el hueco de mi tilma,
[como más tarde lo hará Juan Diego]
las variadas y fragantes flores [...].²⁷

Y también, como se referirá en el *Nican mopohua*, después de poner las flores en el hueco de su tilma, quien cree estar en *Xochitlalpan* se pregunta acerca de su merecimiento, *imacehual*, y el de los otros. En el cantar y asimismo en el relato de Tonantzin Guadalupe, el que dialoga con el ser portentoso se da cuenta de que él es el escogido. Pero, en uno y otro caso, surge la pregunta: ¿y los otros? ¿Cómo podrán ellos disfrutar de cuanto se le torna presente, los cantos, las flores, todo lo que la noble señora o el colibrí precioso le han ofrecido en *Tonacatlalpan*, la Tierra de nuestro sustento?

Cantos al principio del relato y también del antiguo cantar; flores al final de uno y otro, son evocación de esa forma náhuatl de concebir lo que existe como “flor y canto”, *in xochitl*, *in cuicatl*, palabras que, al unirse, connotan los conceptos de poesía y realidad preciosa. Es así el *Nican mopohua* expresión de flor y canto, símbolos que, como el poema de inspiración prehispánica, entretienen, “la antigua sabiduría” Valeriano, inspirado en el cantar, trabajó en cierto modo como un filólogo que se vale de un texto para dar forma a lo que se proponía comunicar: la manifestación de Tonantzin Guadalupe.

²⁷ *Ibid.*

Valeriano se describe a sí mismo

Ya he citado a varios cronistas y otros escritores del siglo XVI que ponderaron las dotes y los trabajos de Antonio como latinista, filósofo, conocedor profundo de su lengua materna, colaborador de varios frailes, traductor, justo juez y ameritado gobernante. A tales citas añadiré aquí tres más, antes de aducir un testimonio dejado por él mismo en el que nos manifiesta lo que pensaba acerca de sí y sus trabajos.

Como había ocurrido con quien fue rector de la Universidad, el humanista Cervantes de Salazar, también el oidor de la Nueva España, doctor don Alonso de Zorita, alabó en su *Relación de la Nueva España* a Valeriano. De él escribió que es “muy buen latino, muy elocuente y muy instruído en la doctrina cristiana”²⁸ A su vez, el ya citado fray Juan de Torquemada en dos lugares de su *Monarquía indiana* se refiere a él. Hablando de quienes se habían formado en el Colegio de Tlatelolco, notó:

[...] entre los cuales se señaló don Antonio Valeriano, que después la enseñó [la latinidad] en el mismo Colegio y fue gobernador de México casi cuarenta años, excelentísimo retórico y gran filósofo y maestro mío en la lengua mexicana.²⁹

En otro lugar de su obra, tratando más ampliamente del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y de sus logros, amplió lo que antes dijo acerca de Valeriano:

Y desto buen ejemplo tenemos en don Antonio Valeriano, indio natural del pueblo de Atzacapotzalco, una legua de esta ciudad, gobernador de la parte que llaman Tenochtitlan que, habiendo salido buen latino, lógico y filósofo, sucedió a sus maestros arriba nombrados, en leer la gramática en el Colegio algunos años; y después de esto fue elegido por gobernador de México, y gobernó más de treinta y cinco años a los indios de esta ciudad con grande aceptación de los virreyes y edificación de los españoles [...], el cual murió el año de 1605 y a su entierro, que fue en el convento de San Francisco, en la capilla de San Joseph, se hallaron muchos gentíos, así de indios como de españoles y fueron los colegiales de

²⁸ Alonso de Zorita, *op. cit.*, t. II, p. 291.

²⁹ Torquemada, *op. cit.*, t. II, p. 360.

este Colegio a asistir en él porque había sido lector del, como queda dicho, y su cuerpo llevaron a hombros los religiosos desde la entrada del patio hasta la sepultura, saliendo a recibir su cuerpo toda la comunidad, como quien tanto lo merecía, y de su talento sé yo muchas particularidades por haber sido algunos años mi maestro en la enseñanza de la lengua mexicana.³⁰

A todo esto añadió Torquemada una noticia que amplía la imagen de Valeriano en cuanto filólogo:

Y cuando murió estuve presente, y entre otras cosas que me dio de sus trabajos, dignos de su saber, así de lengua latina como de traducción de mexicana, fue uno a Catón traducido, cosa cierto muy para estimar, el cual, si a Dios place, se imprimirá en su nombre.³¹

Verosímil es que tal obra de Catón fuera el *De Agricultura*, que bien pudo interesar a Valeriano poner en náhuatl para beneficio de sus paisanos. Aducidos estos testimonios, me ocuparé de uno más, junto con el cual se encuentra otra carta en latín de don Antonio en la que éste expresa algo de lo que pensaba de sí mismo. Se debe dicho testimonio a fray Juan Baptista, prolífico escritor y editor de varios libros en náhuatl. En el prólogo a su *Sermonario*, aparecido en 1606, escribió:

Don Antonio Valeriano, natural de Azcapotzalco, gobernó a los indios mexicanos por más de treinta años con gran prudencia y rectitud y murió el pasado de 1605, por el mes de agosto. Fue también hijo del dicho Colegio de Santa Cruz y uno de los mejores latinos y retóricos que de él salieron [...] y fue tan gran latino que hablaba *ex tempore* [improvisando en cualquier momento], aun en los últimos años de su vejez, con tanta propiedad y elegancia, que parecía un Cicerón o Quintiliano [...]. El cual me ayudó muy bien, así en cosas particulares que le consulté, como en la etimología y significación de muchos vocablos.³²

De Valeriano, considerado así como “gran latino” y conocedor de etimologías del náhuatl, reprodujo el mismo fray Juan Baptista una carta

³⁰ *Ibid.*, t. v., p. 176-177

³¹ Torquemada, *loc. cit.*

³² Juan Baptista, *op. cit.*, p. 475.

que según dice, “fue la última que me escribió” De ella extrastraré las expresiones que dejan ver algo de lo que pensaba Valeriano de sí mismo. La carta comienza así:

Hic litterarum gerulus ad vestram paternitatem portat id quod mihi traducendum jussisti.

Este mozo de cordel de las letras hace entrega a vuestra paternidad de lo que me mandaste traducir [se entiende del latín o del castellano al náhuatl].³³

Enseguida pide disculpa por no saber si ha acertado en su trabajo. La razón de ésto es, según lo manifiesta, porque considera que había vocablos con varias connotaciones, lo que no le permitió identificar el sentido más preciso de ellos.

Nescio profecto, an in traductione eius sim felix. Multa quippe in eo sunt praegnantia ut nesciam in quem sensum meliorem verti debeant. Si quid est erratum, parcas obsecro.

No sé de cierto si en la traducción tuve éxito. Muchas acepciones hay en el texto de suerte que no sé en que mejor sentido debieran traducirse. Si algo está equivocado, te ruego me perdones.

Et tuam gravem censuram adhibeas, et his litteris tam male formatis simul et ignoscas; illiturae enim videntur potius quam litterae.

Y hagas tú cuidadosa corrección y a estas letras tan mal conformadas a la vez excuses; porque más parecen ser letras desfiguradas que letras.

Y, no para justificarse de posibles equivocaciones, sino como contemplándose a sí mismo en su avanzada edad, declara.

Nec mirum vestrae paternitati videatur, manus namque jam vacillant, oculi caligant et aures oclusae. Iterum ac iterum parcas.

Ni parezca extraño a vuestra paternidad porque las manos ya tiemblan, los ojos se oscurecen y los oídos se cierran. De nuevo y de nuevo, perdona.

³³ Baptista, *loc. cit.*

La carta de Valeriano en que así se describe a sí mismo y pide se le dispense si ha errado en su trabajo, concluye con una expresión en que pide a Dios conceda larga vida a su destinatario. Tanto en este escrito como en la misiva que suscribió junto con los otros señores de Azcapotzalco, queda al descubierto su conocimiento del latín que manejaba con soltura y elegancia. Como buen filólogo, conocedor de etimologías y otras sutilezas del náhuatl, latín y castellano, bien sabía él cuán difícil es traducir de lenguas tan distintas entre sí.

El recuerdo de don Antonio Valeriano, tan reconocido y alabado a lo largo de su vida, habrá de perdurar. Como otros indígenas mesoamericanos, entre ellos el también muy notable Gaspar Antonio Chi, oriundo de Yucatán, Valeriano, estudioso y funcionario público, dejó valiosa herencia de cultura. Gracias a él se salvaron antiguas composiciones en náhuatl y Bernardino de Sahagún pudo llevar a cabo sus investigaciones. Las obras de su creación personal, entre ellas de modo muy especial el *Nican mopohua*, son como lo dejó dicho Horacio, al que sin duda él leyó, *monumentum aere perennius*, “monumento más duradero que el bronce”